

de ocho mil hombres, contra los cuales no hubiera podido resistir tropa ninguna europea, aun cuando fuese doble ó triple el número. Estos eran los granaderos que se proponía Napoleón enviar á la cabeza de sus tropas á la costa de Inglaterra, embarcándolos en los ligeros peniches, que ya en otra parte describimos. Viendo su apostura, su disciplina y su entusiasmo, sentía Napoleón crecer su confianza, y ya no vacilaba en ir á conquistar á Londres el cetro de la tierra y de los mares.

De regreso á la costa, quiso inspeccionar la escuadrilla, nave por nave, para cerciorarse de haberse establecido las instalaciones según él había mandado, y de si era posible embarcar á una señal dada con la rapidez necesaria todos los efectos reunidos en los almacenes de Boloña. Vió con gusto que todo estaba dispuesto según su deseo. Faltaban unos cuantos días para embarcar el material de más bulto; pero una vez á bordo éste, operación que debía ejecutarse muchas semanas antes de la expedición, en tres ó cuatro horas solamente podían ocupar la escuadrilla las tropas, los caballos y la artillería de campaña. Sin embargo, aun no estaba todo pronto, y desde el Havre á Boloña había algunas divisiones rezagadas. Las chalupas de la guardia, confiadas al capitán Daugier, no habían llegado; la escuadrilla bátava, por su parte, causaba á Napoleón algunos disgustos; estaba sumamente satisfecho del almirante Verhuell; pero ya por falta de celo de parte del gobierno holandés, ya también, y más verosímelmente todavía, por la dificultad inherente á las mismas cosas, aún no se había terminado el equipo de una parte de esta escuadrilla. Las dos primeras divisiones estaban reunidas en Ostende, Dunkerque y Calais; la tercera no había salido del Escalda. Quedaba por fin otra condición de buen éxito que procuraba Napoleón asegurar por todos sus medios, y que consistía en reunir toda la escuadrilla bátava en los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez, estrechándose más en los otros cuatro puertos, Ambletusa, Wimereux, Boloña y Etaples. De este modo las dos escuadrillas podían partir juntas, con el mismo viento, á tres ó cuatro leguas de distancia entre sí. Pero hay dos cosas que en las grandes operaciones se gastan con una prontitud que excede á todas las conjeturas del cálculo más positivo, que son el tiempo y el dinero. Al llegar los primeros días de agosto, se convenció Napoleón de que no podría estar enteramente dispuesto para antes del mes de septiembre; y mandó decir al almirante Latouche que demoraba la expedición un mes. Consolábale de esta demora el pensar que podría emplear aquel mes en prepararse mejor todavía de lo que estaba, y que por otra parte, siendo aún la estación propicia en el mes de septiembre, habría la ventaja de tener noches más largas (1).

(1) He aquí el texto de esta nueva orden:

*Al ministro de Marina.*

2 de agosto de 1804 (14 termidor del año XII).

Me propongo que despache usted un correo extraordinario á Tolón, para participar al general Latouche que no habiendo podido reunirse todavía varias divisiones de la escuadrilla, creo que el retraso de un mes no podrá menos de ser ventajoso, tanto más cuanto que las noches empezarán á ser más largas; pero que es mi intento que aproveche esta dilación para reunir á la escuadra el navío *Berwick*; que para conseguir este resultado no debe per-

Quiso entretanto dar al ejército una gran función capaz de infundir en las tropas nuevo aliento, si era posible que lo llegaran á tener mayor. Había distribuido las grandes cruces de la Legión de Honor, entre los principales personajes del imperio, en la iglesia de Inválidos, el día aniversario del 14 de julio, y ocurriósele ahora distribuir por su propia mano entre el ejército las cruces que se debían dar en cambio de las suprimidas armas de honor, celebrando esta ceremonia el día aniversario de su natalicio en la ribera misma del Océano, á vista de las escuadras. Correspondió el resultado á su deseo, y fué aquel un espectáculo magnífico que aún dura con entusiasmo en la memoria de los contemporáneos.

Mandó elegir un espacio á la derecha de Boloña, á lo largo de la mar, no lejos de la columna erigida después en aquel paraje. Formaba este espacio un anfiteatro semicircular que parecía construído á propósito en la ribera, y dispuesto por la naturaleza para algún grande espectáculo nacional, y calculó su dimensión de modo que pudiese caber en él todo el ejército. En el centro de aquel vasto anfiteatro se levantó un trono para el emperador, dando la espalda á la mar, y á su derecha é izquierda se construyó una escalinata para los grandes dignatarios, los ministros y los mariscales. Los destacamentos tendidos de la guardia imperial debían servir de prolongación á estas dos alas. Enfrente del trono, en el plano inclinado de aquel anfiteatro natural, debían colocarse, como se colocaba en otro tiempo el pueblo romano en sus inmensos circos, los diversos cuerpos del ejército, formados en columnas cerradas, y dispuestos en radios cuyo centro era el trono mismo del emperador; y al frente de cada una de estas columnas debía situarse la infantería, y la caballería á la espalda, dominando en toda la altura de sus caballos.

El 16 de agosto, víspera de San Napoleón, trasladáronse las tropas al lugar de la función, entre las oleadas de un gentío inmenso que había acudido de todas las provincias cercanas para presenciar aquel espectáculo. Cien mil hombres, casi todos veteranos de la república, con los ojos clavados en Napoleón, esperaban el premio de sus hazañas. Los oficiales y los soldados que habían de recibir cruces, habían salido de las filas, y adelantándose hasta el pie del trono imperial. Napoleón, en pie, les leyó la fórmula tan hermosa del juramento de la Legión de Honor, y después todos á una, al son de los clarines y de la artillería, respondieron: ¡LO JURAMOS! Fueron luego, por espacio de muchas horas, recibiendo por turno aquella cruz destinada á substituir á la nobleza de la sangre. Subían juntos las gradas de aquel trono, hidalgos de antigua estirpe y sencillos campesinos, todos igualmente satisfechos al obtener un distintivo concedido al valor, y todos se prometían derramar su sangre en la costa inglesa para asegurar á su patria y al héroe que la gobernaba el incontestable imperio del mundo. Este espectáculo magnífico conmovió todos los corazones, y una circunstancia imprevista le

donarse medio alguno; que un navío más ó menos no es cosa de despreciar, porque con el aumento de un navío podrá hacer que conste de diez y ocho la escuadra reunida.

Deseo también que se renueven las órdenes para apresurar en Lorient el armamento del *Algeciras*, el cual debe estar en la rada para el 10 fructidor. (N. del A.)

dió un carácter de seriedad formidable que en un principio no tenía. Entraba en aquel momento en Boloña, con un gran temporal, una división de la escuadrilla últimamente enviada del Havre, sosteniendo con los ingleses un nutrido cañoneo. Napoleón dejaba su trono de cuando en cuando para tomar su anteojo, y ver por sí mismo cómo se portaban á vista del enemigo sus soldados de mar y tierra.

Semejantes escenas debían causar profunda agitación en Inglaterra. La prensa británica, injuriosa y arrogante, como lo es siempre la prensa en todo país libre, se burlaba cuanto podía de Napoleón y de sus preparativos, pero lo hacía como el burlón que tiembla de aquello mismo de que parece reirse. En realidad, la inquietud era universal y profunda. Los inmensos preparativos que se habían hecho para la defensa de la Inglaterra traían al país conmovido, sin tranquilizar completamente á los hombres entendidos en el arte de la guerra. Dijimos ya que la Inglaterra, pesarosa de no tener un grande ejército, como lo estaba la Francia de no tener una marina poderosa, había querido aumentar su estado militar por medio de un cuerpo de reserva. Parte de los individuos á quienes había tocado la suerte de servir en la reserva, habían pasado al ejército de línea, haciéndole ascender á cerca de ciento setenta mil soldados; agregábanse á éste las milicias locales, de número indeterminado, que debían servir exclusivamente en las provincias, y por último, ciento cincuenta mil voluntarios que se habían presentado en los tres reinos, y que se mostraban muy ganosos de comenzar sus ejercicios militares. Hablábase de trescientos mil voluntarios, pero en rigor no había más que la mitad verdaderamente dispuestos á servir. Para dar impulso con su ejemplo, revistieron el uniforme de voluntario los principales personajes de la Inglaterra; con él se mostraron también en público Addington y Pitt. El levantamiento en masa decretado no llegó á emprenderse seriamente.

Haciendo las rebajas de costumbre podía oponernos la Inglaterra de ciento á ciento veinte mil soldados regularizados, de excelente calidad, milicias sin organizar, y ciento cincuenta mil voluntarios sin experiencia, con medianos oficiales, aunque sin ningún general; todos ellos repartidos, así en Irlanda como en Inglaterra, y dispersos en los varios puntos del litoral en que era mayor el peligro. Contábanse en Irlanda setenta mil hombres entre tropas regulares y voluntarias; quedaban para la Escocia y la Inglaterra de ciento ochenta á doscientos mil, entre voluntarios y tropas de línea; de modo que á lo sumo sólo hubieran podido reunir de ochenta á noventa mil hombres en el punto del peligro, aun haciendo uso de un arte para mover las masas que sólo Napoleón poseía entonces; ni ¿qué valían, aun cuando fueran dobles sus fuerzas, contra los ciento cincuenta mil franceses aguerridos que podía Napoleón llevar al otro lado del estrecho? Su verdadera defensa era pues el Océano. Los ingleses tenían cien mil marineros, ochenta y nueve navíos de línea esparcidos en todos los mares, unos veinte navíos de cincuenta cañones, ciento treinta y dos fragatas, y además un número proporcionado de naves en los astilleros y en las dársenas. Lo mismo que Napoleón había ido perfeccionando con el tiempo sus preparativos, habían ellos inventado *fencibles* de mar, á imitación de los *fencibles* de

tierra. Bajo este nombre habían reunido todos los pescadores y hombres de mar, libres de levas, los cuales diseminados en barcas, en número de unos veinte mil, á lo largo de las costas, ejercían en ellas una vigilancia continua independiente de la guardia avanzada de fragatas, bergantines y corbetas, acordonados desde el Escalda hasta el Soma. Completaban este sistema de precauciones, arriba expuesto, y perfeccionado durante los quince meses transcurridos, las señales de noche, y los carros para transportar las tropas en posta. Hicieronse además cortaduras en el suelo, y se estableció en el Támesis una línea de fragatas sujetas entre sí con cadenas de hierro, capaces de oponer una barrera continua y sólida á todas las embarcaciones. Desde Douvres hasta la isla Wigh no había playa accesible que no estuviese coronada de artillería.

Los dispendios de tales preparativos y la confusión que producían eran inmensos. Conmovidos los ánimos, como era natural que lo estuviesen ante el peligro de invasión que amagaba, nada les parecía bueno y seguro, y con un ministerio débil, cuya capacidad todo el mundo se creía autorizado á negar, no había ninguna autoridad moral que pudiese contener la furia de censurar y de inventar inculpaciones. No había medida que no pareciese mezquina, ó mal apropiada, ó insuficiente, y siempre se proponía otra como preferible. Pitt, que había guardado silencio por algún tiempo, estimulado ahora por aquel general desbordamiento, censuraba ásperamente las medidas adoptadas por los ministros, ya porque creyese llegado el momento de derribarlos, ya porque en efecto le pareciesen sus precauciones insuficientes ó mal calculadas; lo cierto es que de todos modos sus críticas eran mucho más fundadas que las de los otros miembros de la oposición. Censuraba á los ministros de no haber previsto y evitado la reunión en Boloña de los barcos chatos, los cuales, en su concepto, pasaban de mil, por donde vemos, que á pesar de su propensión á exagerar, más bien que á ocultar el peligro, todavía se quedaba muy corto, puesto que, con la escuadrilla bátava, el número de aquellas naves subía á dos mil trescientas. Atribuía esta falta á la ignorancia del almirantazgo, que no había sabido prever el uso que podría hacerse de las chalupas cañoneras, y que se había servido para las sondas y canalizos de navíos y fragatas, que por su volumen se veían en la imposibilidad de dar alcance á las pequeñas naves francesas. Pretendía Pitt que con unos cuantos centenares de chalupas cañoneras, sostenidas en alta mar por fragatas, se hubieran podido contrarrestar los preparativos de los franceses, y destruir su inmenso armamento antes que lograra reunirse en la Mancha. La inculpación, si no era muy fundada, era por lo menos especiosa.

Respondían los ministros que ya en la última guerra se había tratado de emplear chalupas cañoneras, y que no habían podido prevalecer contra los vientos: lo cual probaba que los marinos ingleses se habían dedicado menos que los franceses á manejar esta especie de naves, porque nuestras chalupas habían navegado con toda clase de vientos, y aunque habían encallado á veces en las sondas, fuera del suceso acaecido en Brest ninguna pereció por defecto de construcción.

Finalmente, no participando Pitt ni de la opinión de

Windham, su antiguo colega, ni de la de Fox, su nuevo aliado, en cuanto á la insuficiencia del ejército regular, y reconociendo que no era fácil extender de repente y á capricho las proporciones de un ejército, sobre todo en un país donde no se quería recurrir al sistema de quintas, se quejaba de que no se hubiese sacado más partido de los voluntarios. Pretendía que aprovechándose de los buenos deseos de aquellos ciento cincuenta mil ingleses, se les debía proporcionar el grado de disciplina y de instrucción de que eran capaces, para que pareciesen menos inferiores á las tropas regulares. Esta inculpación, fuese ó no fundada, era tan especiosa como la precedente.

Pitt sostenía estas opiniones con vivacidad extrema. A medida que se empeñaba más en la oposición, se iba acercando, si no por sus opiniones y sus sentimientos, al menos por su conducta, á la antigua oposición whig, es decir, á Mr. Fox. Estos dos adversarios, que habían luchado por espacio de veinticinco años, parecían haberse reconciliado, y ya cundía el rumor de que iban á formar juntos un ministerio. La antigua mayoría estaba rota. Ya hemos dicho que una pequeña parte de ella había seguido á Windham y á Grenville á la oposición; otra parte mayor se agregó á ellos desde que Pitt enarboló el estandarte. Componían esta oposición tory todos los que creían que los actuales ministros eran incapaces de hacer frente á la situación, y que era menester recurrir al antiguo jefe del partido de la guerra. Por otra parte, la antigua oposición whig, dirigida por Fox, aunque había sufrido algunas defecciones, como las de Tierney y Sheridan, á quienes se suponía unidos con Addington, había aumentado singularmente, merced á una circunstancia de la corte. El rey parecía sufrir una nueva enajenación mental, y ya se anunciaba la próxima regencia del príncipe de Gales; pero este príncipe, resentido primeramente contra Pitt, y ahora contra Addington, distinguía mucho á Fox, y según se creía le nombraría su primer ministro. Por esta razón muchos individuos de la cámara de los Comunes que obraban bajo su influjo se habían agregado al partido de Fox. Las dos oposiciones unidas, y aumentadas, la una por el pronunciamiento de Pitt, y la otra por la próxima fortuna de Fox, casi contrabalanzaban la mayoría del ministerio Addington.

Diversas votaciones que sucesivamente se hicieron, descubrieron en breve al gabinete la gravedad de esta situación. Pitt había presentado en el mes de marzo una moción, pidiendo los estados comparativos de la marina inglesa en 1797, 1801 y 1803. Auxiliado por los amigos de Fox, había llegado á reunir ciento treinta votos en favor de su moción, contra doscientos uno, de modo que los ministros no habían obtenido más que setenta votos de mayoría, y comparando esta votación con las anteriores, no podía menos de llamar la atención el progreso que la oposición hacía. Animados por aquel resultado, multiplicaron los nuevos coligados sus mociones. Pidió Fox, en el mes de abril, que se sometiesen á la aprobación de una junta especial todas las medidas tomadas para la defensa del reino desde la renovación de la guerra; con lo cual volvían á sujetarse al juicio del parlamento la conducta y la capacidad del ministerio Addington. También en esta ocasión disminuyó la mayoría, pues habiendo reunido doscientos

cuatro votos los opositores, y doscientos cincuenta y seis los ministros, aquella quedaba reducida de setenta votos á cincuenta y dos. Todos los días iba la mayoría mermando, y ya para el mes de mayo se anunciaba una tercera moción que debía definitivamente dejar á los ministros en minoría, cuando lord Hawkesbury declaró, en términos bastante explícitos para que no dejara duda lo que decía, que la última moción era inútil, por cuanto iba á disolverse el gabinete.

El anciano rey, que estimaba mucho á Addington y á Hawkesbury y muy poco á Pitt, concluyó no obstante llamando á este último. Volvía pues este célebre y omnipotente personaje, tanto tiempo enemigo nuestro, á tomar las riendas del Estado, con el encargo de restaurar, si le era posible, la decadente fortuna de Inglaterra. Al entrar en el gabinete dejó fuera á sus antiguos amigos Windham y Grenville, y á su nuevo aliado Fox, y echábase en cara esta doble infidelidad, que se explicaba de maneras muy diversas; pero lo más verosímil era que él por su parte hubiera desechado á Windham y á Grenville como torys demasiado exagerados, y que el rey por la suya hubiera desechado á Fox como whig demasiado pronunciado. Censurábasele de no haber puesto el suficiente ahinco en aquella ocasión para vencer la repugnancia de Jorge III, y parecía como si los peligros que amenazaban al país, hiciesen desear el ver unidos á los dos talentos más notables de Inglaterra para dar al gobierno mayor fuerza y autoridad.

Sin embargo, Pitt ejercía tal influjo sobre los ánimos, y era tan inveterada la confianza que inspiraba su persona, que él por sí sólo bastaba para restituir el crédito al poder. Al punto que entró en el ministerio pidió sesenta millones de fondos secretos. Pretendíase que intentaba con ellos restablecer las relaciones de Inglaterra con el continente, porque se le consideraba con razón como el más capaz de todos los ministros para hacer renacer las coaliciones, por la gran consideración de que gozaba en las cortes enemigas de la Francia.

Tales fueron en Inglaterra los acontecimientos, mientras Napoleón se ceñía la corona imperial, y trasladándose á Boloña se disponía á salvar la barrera del Océano. Parecía que la Providencia volvía á colocar frente á frente á aquellos dos hombres, para hacerlos luchar, por última vez, con más encarnizamiento y violencia que nunca: á Pitt suscitando coaliciones, en lo cual era muy diestro, y á Napoleón destruyéndolas á sablazos, en lo cual era más diestro todavía.

Mostrábase Napoleón asaz indiferente á lo que ocurría allende el estrecho. Los preparativos militares de los ingleses le movían á risa, mucho más aún que sus chalupas á los periodistas de la Gran Bretaña. No pedía al cielo más que ser dueño por espacio de cuarenta y ocho horas de una escuadra en el canal de la Mancha, y se comprometía á dar cuenta en breve de todos los ejércitos reunidos entre Douvres y Londres. Los acontecimientos ministeriales de Inglaterra sólo le hubieran hecho cambiar de ideas cuando de resultas de ellos hubiera entrado Fox en la dirección de los negocios, pues fiado en la sinceridad de este estadista y en su buena voluntad hacia la Francia, se hubiera sentido inclinado á olvidar sus proyectos de guerra encarnizada por ideas de paz y aun de alianza; pero la subida de Pitt, por el contrario, le confirmaba más en su conven-

cimiento de que era indispensable acabar con un golpe atrevido y decisivo, en que las dos naciones aventurasen su existencia. No obstante, aquella petición de sesenta millones de fondos secretos que sólo podían explicar negociaciones de origen oculto en el continente, no dejaba de inquietarle. Veía que el Austria tardaba en remitir las nuevas credenciales, y que se expresaba con muy poca franqueza en Ratisbona sobre el asunto de la nota rusa. Finalmente, acababa de recibir por conducto de Mr. d'Oubril la contestación del gabinete de San Petersburgo al despacho en que hacía alusión á la muerte de Pablo I. Esta respuesta de la Rusia parecía indicar proyectos ulteriores. Napoleón, con su sagacidad acostumbrada entreveía ya el germen de una coalición europea; quejándose con Mr. de Talleyrand de su credulidad y de su condescendencia con los dos Cobentzel, y añadía, que así que llegase á concebir la más leve sospecha sobre las disposiciones del continente, se precipitaría, no ya sobre Inglaterra, sino sobre cualquiera de las potencias que le causase recelo, porque no era tan demente que quisiera atravesar el canal de la Mancha dejando descubiertas las espaldas por el lado del Rhin. Así se lo escribía desde Boloña á monsieur de Talleyrand, diciéndole que era menester provocar una explicación de parte del Austria y de la Rusia, cuando un incidente repentino y eternamente deplorable puso forzoso término á sus dudas, y le obligó á demorar por algunos meses más sus proyectos de invasión.

El valiente y malhadado Latouche-Treville, devorado por una dolencia mal curada, y por un ardor que no supo dominar, sucumbió en el puerto de Tolón el día 20 de agosto, en la víspera de hacerse á la vela. Supo Napoleón este triste suceso en Boloña á fines de agosto de 1804, cuando, dispuesto á embarcarse, le asaltaron no obstante vagos presentimientos de una coalición europea que le hacían á veces dudar si convendría dejar á Londres y marchar sobre algún otro punto. Muerto el jefe de la escuadra de Tolón, era forzoso aplazar la expedición de Inglaterra, porque mientras se elegía un nuevo almirante, se le nombraba, se le enviaba y se le daba tiempo de reconocer su escuadra, pasaría más de un mes, y como corrían los últimos días de agosto, no había más remedio que dejar para el mes de octubre la salida de Tolón, y su llegada á la Mancha para el mes de noviembre. Iba, pues, á emprenderse una campaña de invierno para la cual había que idear nuevas combinaciones.

Inmediatamente pensó Napoleón á quién nombraría para substituir al almirante Latouche. «No hay que perder un momento, escribía el ministro Decrés, para enviar un almirante que pueda mandar la escuadra de Tolón. Es posible que pueda estar ésta peor de lo que está ahora en manos de Dumanoir, que no es capaz de mantener la disciplina de una escuadra tan considerable, ni de conducirla... Me parece que no hay más que tres hombres capaces de mandar la escuadra de Tolón: Bruix, Villeneuve y Rosily. Puede usted desde luego sondear á Bruix. Creo que Rosily tiene buenos deseos, pero hace quince años que no ha hecho nada... De todos modos lo urgente es tomar un partido.» (28 de agosto de 1804.)

Desde aquel día reconoció que el establecimiento na-

val y militar que había creado en Boloña sería menos transitorio de lo que le había parecido en un principio, y se dedicó allí mismo á simplificar su organización para hacerla menos costosa, y perfeccionarla aún más en lo relativo á las maniobras. «La escuadrilla, escribía á Decrés, ha sido considerada hasta ahora como de expedición; de aquí en adelante es preciso considerarla como establecimiento fijo, y por consiguiente atender de la manera más escrupulosa á todo lo que debe permanecer invariable, rigiéndola por distintas reglas que á la escuadra.» (18 de septiembre de 1804.—23 fructidor del año XII.)

Simplificó en efecto el rodaje administrativo, suprimió muchos empleos dobles que dimanaban de la reunión de los dos ejércitos de mar y tierra, revisó todos los sueldos, y procuró en suma dar á la escuadrilla de Boloña una organización aparte, que, costando lo menos posible, pudiese durar tanto como la guerra y continuar existiendo en caso de verse precisado el ejército á abandonar momentáneamente las costas de la Mancha.

Imaginó también la subdivisión en escuadrillas para introducir más orden y regularidad en los movimientos de aquellas dos mil trescientas naves. La distribución definitivamente adoptada fué la siguiente: nueve chalupas ó barcas cañoneras componían una sección, y llevaban un batallón; dos de estas secciones formaban una división, y llevaban un regimiento.

El número de los peniches debía ser doble, por cuanto éstos no podían conducir sino la mitad menos de gente. La división de peniches se componía de cuatro secciones, ó lo que es lo mismo de treinta y seis de aquellas naves, en vez de diez y ocho, con objeto de bastar para un regimiento de dos batallones. Varias divisiones de chalupas, barcas y peniches, componían una escuadrilla, y debían transportar varios regimientos, ó lo que es lo mismo un cuerpo de ejército formal. A cada escuadrilla iba agregado cierto número de buques de pesca ó de cabotaje, que se habían dispuesto expresamente para conducir los caballos de los jinetes y los efectos de más bulto. Dividíase la escuadrilla entera en ocho escuadrillas, de las cuales había dos en Etaples para el cuerpo del mariscal Ney, cuatro en Boloña para el cuerpo del mariscal Soult, y dos en Vimereux para la vanguardia y la reserva. Según el nuevo proyecto, detenidamente meditado, el puerto de Ambletusa estaba destinado para la escuadrilla báltava, y ésta tenía el encargo de transportar el cuerpo del mariscal Davout. Cada escuadrilla iba dirigida por un oficial superior, y maniobraba en el mar con entera independencia, aunque ajustándose al conjunto de las operaciones. De este modo las distribuciones de las escuadrillas correspondían exactamente con las del ejército.

Entretanto el almirante Decrés había hecho llamar á los almirantes Villeneuve y Missiessy para proponerles las comandancias vacantes. Considerando á Bruix como indispensable en Boloña y á Rosily como olvidado ya de la vida de mar, miraba á Villeneuve como el más idóneo para mandar la escuadra de Tolón, y á Missiessy para la de Rochefort, que Villeneuve debía dejar vacante.

El almirante Villeneuve, de triste celebridad histórica, reunía el talento, el denuedo y el conocimiento práctico